

40

Encuentro

La persecución, lugar de encuentro con el Señor

Hechos de los Apóstoles 4, 23-31





I. Comenzamos invocando juntos al Espíritu Santo

V. Ven Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles.

R. Y enciende en ellos el fuego de tu amor.

V. Envía tu Espíritu y serán creados.

R. Y renovarás la faz de la tierra.

V. Oremos: Oh Dios, que has iluminado los corazones de tus hijos con la luz del Espíritu Santo, haznos dóciles a sus inspiraciones para gustar siempre el bien y gozar de su consuelo. Por Jesucristo Nuestro Señor.

R. Amén



II. Leemos la Palabra de Dios que interpela a nuestra comunidad

Hch 4, 23-31

Puestos en libertad, volvieron a los suyos y les contaron lo que les habían dicho los sumos sacerdotes y los ancianos. Al oírlo, todos invocaron a una a Dios en voz alta, diciendo: «Señor, tú que hiciste el cielo, la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos; tú que por el Espíritu Santo dijiste, por boca de nuestro padre David, tu siervo: *¿Por qué se amotinan las naciones y los pueblos planean proyectos vanos? Se presentaron los reyes de la tierra, los príncipes conspiraron contra el Señor y contra su Mesías.* Pues en verdad se aliaron en esta ciudad Herodes y Poncio Pilato con los gentiles y el pueblo de Israel contra tu santo siervo Jesús, a quien ungiste, para realizar cuanto tu mano y tu voluntad habían determinado que debía suceder. Ahora, Señor, fíjate en sus amenazas y concede a tus siervos predicar tu palabra con toda valentía; extiende tu mano para que se realicen curaciones, signos y prodigios por el nombre de tu santo siervo Jesús».

Al terminar la oración, tembló el lugar donde estaban reunidos; los llenó a todos el Espíritu Santo, y predicaban con valentía la palabra de Dios.



III. Para la reflexión personal a la luz de la Escritura



- ➔ ¿Te has encontrado con alguna dificultad o rechazo por tus ideas o por tu vivencia cristiana? ¿Cómo has reaccionado?
- ➔ ¿En esos momentos has experimentado la cercanía de Dios, que no te ha abandonado?
- ➔ ¿La persecución ha sido ocasión de alabanza a Dios o, por el contrario, has reaccionado de manera inadecuada con los que se oponían?



IV. Meditamos la Palabra de Dios

1. ¿Qué dice el texto?

La misión de los apóstoles no se hace esperar. El capítulo 3 de los Hechos de los Apóstoles nos narra cómo Pedro y Juan continúan con la predicación del Evangelio, a través de las obras, con la curación de un cojo de nacimiento por parte de Pedro (Hch 3, 1-11), y a través de las palabras (Hch 3,12-26). Este modo de actuar consigue la conversión de muchos (Hch 4, 4), pero también hace reaccionar negativamente a algunos grupos, que los apresan y presentan ante el Sanedrín. Tras ser reprendidos y presentar Pedro su defensa ante ellos (“¿Es justo ante Dios que os obedezcamos a vosotros más que a Él? Juzgadlo vosotros. Por nuestra parte no podemos menos de contar lo

que hemos visto y oído” - Hch 4, 19-20), son liberados, pero con la prohibición de continuar predicando el nombre de Jesús.

En este contexto se encuadra el texto de hoy. Una vez en libertad, vuelven con los suyos, y la comunidad reacciona a su regreso con la oración, que es una constante en los escritos de san Lucas. En ella realizan dos acciones: por un lado, alaban y dan gracias a Dios Padre que es creador (v. 24), que es el Dios que inspiró a David los salmos (vv. 25-26. Cf. Sal 2,1-2) y que es el Dios de Jesucristo (vv. 27-28); por otro lado, piden también para ellos la valentía de predicar la palabra en medio de las amenazas recibidas (v. 29), y que puedan realizar signos en el nombre

de Jesús (v. 30), que era precisamente lo que les había sido prohibido. En ningún momento piden ser librados de la persecución, sino obtener la gracia para mantenerse a la altura en medio de ella, para que del mismo modo que el Padre estuvo con Jesús en el momento de la prueba, cuando se dio la alianza entre Herodes y Poncio Pilato, así también ahora esté con ellos cuando anuncien el nombre del mismo Señor Jesús, en contra de lo dictado por aquellas autoridades.

Ante esta oración ferviente, el Padre no guarda silencio, sino que el Espíritu Santo los llenó a todos, y eso les concedió la valentía de seguir predicando en la adversidad. La oración de la comunidad no fue desatendida, sino que fue plenamente eficaz y totalmente escuchada.

2. ¿Qué dice el texto a nuestra comunidad?

Lector 1:

La oración de los discípulos no es una oración desencarnada, sino muy arraigada en su propia vida. ¿Qué significa esto? Los discípulos han pasado por un sufrimiento, tanto Pedro y Juan como la comunidad expectante, y es ese sentimiento de incomprensión y de miedo ante las amenazas lo que presentan a Dios en su oración. Y es que eso es orar, precisamente: presentar la propia vida al Padre. Y esa oración les ayuda a llenar de Dios el momento que están viviendo, puesto que desde ella descubren el sentido

de la persecución: también Jesús fue perseguido, y la persecución que ellos están viviendo es continuación de la pasión de Jesús.

Cuando nosotros oramos no lo debemos hacer de un modo automático, rutinario, como si se tratara de unas palabras mágicas que debemos decir o repetir. Nuestra oración debe ser la vida ofrecida a Dios, en sus alegrías y en sus penas, en sus gozos y en sus sufrimientos, ya sea para dar gracias a Dios o para suplicarle. Esto traerá un beneficio muy grande para la propia alma cuando se hace en la oración personal, porque establece una conexión muy íntima con Dios, puesto que con ello le estoy permitiendo habitar en mi propia vida, a la vez que yo puedo pasar a habitar también en su vida divina.

Esta oración como ofrenda de la vida también puede y debe hacerse a nivel comunitario, puesto que nuestra comunidad tiene vida propia, está realizando un camino, tiene sus luces y sus sombras, tiene sus deseos y sus dificultades, tanto a nivel interno como hacia fuera, hacia el mundo, y todo eso es bueno que se ponga en la presencia del Señor. De este modo, seremos colmados de la paz que sólo Dios puede dar.

Canto: Paz en la tierra

Lector 2:

Es bueno orar a Dios por uno mismo



y por la propia comunidad, pero quedarnos solamente en eso sería un acto egoísta y muy corto de miras. La Iglesia es mucho más grande que nuestra comunidad y, además, vivimos en un mundo que también necesita de la ayuda de nuestra oración, y también de nuestro buen obrar. Y, a la luz del texto que estamos meditando, nos viene una de las grandes dificultades que sufre la Iglesia en el mundo: la persecución.

Hay muchos tipos de persecución. La más terrible de todas es aquella que se da contra las propias personas, como sigue ocurriendo en muchos países del mundo; entre ellas, la persecución religiosa, por la cual muchos siguen dando la vida como mártires de Cristo, por defender su fe. Esa persecución no puede pasar desapercibida para nosotros y para nuestra comunidad. ¡Qué gozo poder celebrar la fe juntos, en el templo, sin miedo y sin necesidad de esconderse! Pues muchas comunidades no pueden vivirlo así, sino que se mueven en la clandestinidad para evitar ser destruidas. Esas personas, esas comunidades, son hermanas nuestras en la fe, y por eso no puede no dolernos su situación, no podemos no orar por ellas. Debemos dar gracias a Dios por el testimonio de sus vidas, porque son ejemplo para nosotros de fe verdadera y de entrega sincera a Dios, al mismo tiempo que consiguen, por gracia de Dios, la conversión de muchas personas. Sangre de mártires, semilla de cristianos.

Canto: Paz en la tierra

Lector 3:

Los discípulos, al salir del Sanedrín, seguramente sintieron algo de temor a que, por seguir predicando, se tomaran graves medidas contra ellos. Nosotros, en la actualidad, también estamos viviendo en medio de otro miedo, que se mueve más en el plano de la incertidumbre ante el futuro desconocido: un temor provocado por la pandemia. De algún modo, también esto es una persecución que sufrimos, y que nos afecta muy directamente, en cuanto que el miedo y la incertidumbre nos hacen vivir en tensión y en desconfianza. Es normal, pero no podemos dejar que esto tenga la última palabra sobre nosotros o sobre nuestra comunidad. No debemos olvidar que somos de Dios, que nuestras vidas están en sus manos, y que no puede haber otro lugar mejor. Él es el Señor de la vida y de la historia, también de la nuestra. Por eso nos encomendamos a Él.

Esto es lo más importante, confiar en Dios, que nos dará siempre lo que más nos convenga, aún en la prueba. Pero, sumado a esto, no puede faltar la corresponsabilidad que todos tenemos entre nosotros, es decir, el cuidado del hermano en el cumplimiento de las medidas y en la toma de precauciones. Así es como ahora podemos manifestar mejor el amor a Dios y al prójimo: en el cuidado de la salud y de la vida del otro, aun llevando a cabo acciones que me

incomodan o no me gustan. Por encima del bienestar y del amor propio está el hermano, que es presencia viva de Jesucristo, al cual debemos amar por encima de todas las cosas.

Canto: Paz en la tierra

Lector 4:

Otra persecución que está muy presente en nuestra vida ordinaria es la falta de tolerancia y aceptación por parte del mundo, incluso de nuestro mundo cercano (familia, amigos...) ante la propia opción y la vivencia cristiana. A veces, incluso puede presentarse como incompatible la vivencia de la fe con la vivencia familiar. Ante esto, no podemos olvidar las palabras de Jesús: "Todo el que por mí deja casa, hermanos o hermanas, padre o madre, hijos o tierras, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna." (Mt 19,29). Por otro lado, nuestro testimonio constante puede conseguir, a su tiempo y por gracia de Dios, la conversión de nuestros cercanos, "porque para Dios nada hay imposible" (Lc 1,37). A nosotros nos toca ofrecer ese sufrimiento por su conversión, mientras perseveramos en el Señor. Dios lo puede todo, que no se aleje de nosotros la confianza en Él. Hagamos ver que con Dios uno es más feliz y más pleno. Demostrémoslo con nuestras palabras y nuestra vida.

Canto: Paz en la tierra

Lector 5:

Cuando el panorama se presenta tan devastador, no podemos perder la esperanza. Dios tiene la última palabra, sobre todo, también sobre el mal del mundo, de nuestra comunidad y de nuestras vidas, sobre cualquier tipo de persecución. Los discípulos, al ponerse en la presencia de Dios, fueron colmados del Espíritu Santo, que los llevó a afrontar la situación con valentía. Invoquemos también nosotros al Espíritu de Dios sobre nuestra comunidad para afrontar los retos que tenemos y que nos vienen, sin perder en ningún momento la alegría que viene de Dios. Y recordemos siempre estas palabras: "Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo, que de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros." (Mt 5, 11-12).

Canto: Paz en la tierra

3. ¿Qué nos dice el Papa Francisco?

Jesús invita a sus discípulos a no tener miedo, a ser fuertes y confiados ante los desafíos de la vida, advirtiéndoles de las adversidades que les esperan. El miedo es uno de los enemigos peores de nuestra vida cristiana, y Jesús exhorta: "No tengáis miedo", "no tengáis miedo". Y Jesús



describe tres situaciones concretas a las que se enfrentarán.

Ante todo, la primera, la hostilidad de los que quieren silenciar la Palabra de Dios, edulcorándola, aguándola o acallando a los que la anuncian. En este caso, Jesús anima a los Apóstoles a difundir el mensaje de salvación que les ha confiado.

La segunda dificultad con la que se encontrarán los misioneros de Cristo es la amenaza física en su contra, o sea, la persecución directa contra ellos, incluso hasta el punto de que los maten. Esta profecía de Jesús se ha cumplido en todas las épocas: es una realidad dolorosa, pero atestigua la fidelidad de los testigos. ¡Cuántos cristianos son perseguidos aún hoy en día en todo el mundo! Sufren por el Evangelio con amor, son los mártires de nuestros días. Y podemos decir con seguridad que son más que los mártires de los primeros tiempos: muchos mártires, solo por ser cristianos. A estos discípulos de ayer y de hoy que sufren persecución, Jesús les recomienda: «no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma» (v. 28). No hay que temer a los que intentan extinguir la fuerza evangelizadora mediante la arrogancia y la violencia. De hecho, no pueden hacer nada contra el alma, es decir, contra la comunión con Dios: nadie puede quitársela a los discípulos, porque es un regalo de Dios. El único temor que debe tener el discípulo es el de perder este don divino, la

cercanía, la amistad con Dios, renunciando a vivir según el Evangelio y procurándose así la muerte moral, que es el efecto del pecado.

El tercer tipo de desafío al que los Apóstoles deberán enfrentarse lo identifica Jesús en el sentimiento, que algunos experimentarán, de que el mismo Dios los ha abandonado, permaneciendo distante y en silencio. También en este caso nos exhorta a no tener miedo, porque, aunque pasemos por estos y otros escollos, la vida de los discípulos está firmemente en manos de Dios, que nos ama y nos cuida. También Jesús sufrió esta prueba en el huerto de los olivos y en la cruz: “Padre, ¿por qué me has *abandonado*?”, dice Jesús. A veces sentimos esta aridez espiritual; no tenemos que tenerle miedo. El Padre nos cuida porque nuestro valor es grande a sus ojos. Lo importante es la franqueza, es la valentía del testimonio de fe: “reconocer a Jesús ante los hombres” y seguir adelante obrando el bien.

Que María Santísima, modelo de confianza y abandono en Dios en momentos de adversidad y peligro, nos ayude a no ceder nunca al desánimo, sino a encomendarnos siempre a Él y a su gracia, porque la gracia de Dios es siempre más poderosa que el mal.

Adaptación de las palabras en el Ángelus del 21 de junio de 2020



V. Para la reflexión comunitaria

1. ¿Qué momentos de oración comunitaria compartimos en la parroquia? ¿Me ayuda a darme cuenta de que soy parte de una comunidad? ¿Dejamos espacio para pedir y dar gracias a Dios por las necesidades de nuestra parroquia?
2. ¿Está sensibilizada nuestra comunidad con la Iglesia sufriente o sencillamente vivimos en la comodidad de nuestro bienestar?
3. ¿En qué se nota en nuestra comunidad el miedo a la pandemia? ¿Qué podemos hacer para vencerlo?
4. Si conoces en la comunidad el caso de alguna persona que no es totalmente aceptada por sus cercanos a causa de su fe, reza por ella y atiéndela en la medida que puedas. No dejes de estar atento a necesidades de este tipo.



VI. Oramos al Padre por intercesión de nuestra Madre

Padre nuestro, Padre misericordioso y lleno de amor, mira a tus hijos que, a causa de la fe en tu Santo Nombre, sufren la persecución y discriminación.

Que tu Santo Espíritu les colme con su fuerza en los momentos más difíciles de perseverar en la fe.
Que les haga capaces de perdonar a los que les oprimen.
Que les llene de esperanza para que puedan vivir su fe en alegría y libertad.

Que María, Auxiliadora y Reina de la Paz interceda por ellos y les guíe por el camino de santidad.

Padre Celestial, que el ejemplo de nuestros hermanos perseguidos aumente nuestro compromiso cristiano, que nos haga más fervorosos y agradecidos por el don de la fe.

Abre, Señor, nuestros corazones para que con generosidad sepamos llevarles el apoyo y mostrarles nuestra solidaridad, y podamos ser también nosotros testigos tuyos en medio de la adversidad y la persecución.

Te lo pedimos por Jesucristo, nuestro Señor.
Amén.